

LIBRO TREINTA Y SEIS.

Impresion que produjo la muerte de Luis XVI.—Lepelletier de Saint-Fargeau.—Gabinetes de Europa.—Custine.—Inglaterra.—Pitt.—Fox.—Mr. de Talleyrand.—Coalicion en el exterior.—Reclutamiento.—El ejército.—Pache ministro de la Guerra.—Dumouriez en Bélgica.—Señoritas Fernig.—Jemmapes.—El duque de Chartres.—Dumouriez vencedor.

I

Las grandes catástrofes humanas tienen consecuencias en la imaginacion pública, que sienten con más fuerza algunos hombres dotados, por decirlo así, de la facultad de reasumir en sí la impresion de todos y de llevar hasta el delirio, y algunas veces hasta el crimen, la exaltacion que les inspiran estas catástrofes. La muerte de Luis XVI, el asombro, la profanacion y el dolor produjeron esta conmocion de las almas en todo el imperio. Cuantos no participaban del estoicismo de los jueces, fueron sobrecogidos por el terror y la consternacion. Les parecía que tan gran sacrilegio llamaba sobre la nacion que le habia cometido ó tolerado una de aquellas venganzas en que el cielo pide por la sangre de un justo la sangre de un pueblo entero. Algunos murieron de dolor al saber que se habia consumado el suplicio, y otros perdieron la razon. Mujeres hubo que se precipitaron del tejado de su casa á la calle, y de los puentes de Paris en el Sena. Hermanas, hijas, mujeres y madres de convencionales prorumpieron en reconvenciones contra sus maridos y sus hijos. Aún no estaba ejecutado el suplicio, cuando el decreto de muerte de Luis XVI era ya vengado con la sangre de uno de sus principales jueces.

Miguel Lepelletier de Saint-Fargeau, de una antigua familia de la alta magistratura y poseedor de una fortuna inmensa en el departamento del Yonne, hombre de más ambicion que genio, habia desde el principio defendido el poder del rey en los Estados generales. Previendo la ruina de la monarquía despues de la Asamblea constituyente, se habia retirado á sus tierras y pasado al partido del pueblo, afectando el celo y las complacencias de un hombre que tiene mucho que hacerse perdonar. Habiendo venido á ser el centro de las agitaciones de su departamento, el alma de los clubs, el instigador de los movimientos populares, le habian nombrado miembro de la Convencion nacional en Sens. El arzobispo de Sens, Lomenie de Brienne, antiguo ministro de Luis XVI, tráfuga brillante de la Iglesia á la filosofía, habia asistido con traje cívico y gorro encarnado á la eleccion de Miguel Lepelletier. El clero y la aristocracia acababan de abdicarse así, con los piés en la sangre, en manos del pueblo. El arzobispo de Sens, previendo las terribles mudanzas de una popularidad que pedia tales sacrificios, llevaba ya consigo un veneno



El rey oye la misa.—Pág. 305.

preparado por Cabanis y enviado por Condorcet, de que debia servirse algunos meses despues. Lepelletier de Saint-Fargeau presentia el puñal de un realista. Uno y otro eran próximos mártires de su nueva causa, uno por sus propias manos, otro por manos de un asesino.

De más importancia por su nacimiento y por sus riquezas que por su palabra, Lepelletier de Saint-Fargeau tenia en la Convencion y en los Jacobinos la especie de influencia que los nombres que se tiene costumbre de respetar conservan algun tiempo en los partidos adonde descienden. Presidia algunas veces en los Jacobinos, y obedecia siempre la voluntad de Robespierre. Nadie sabe adular mejor á los dueños del pueblo que un aristócrata instruido en la adulacion de las cortes. Visitaba mucho al duque de Orleans, y premeditaba, dicen, el matrimonio de su hija única con el hijo mayor de aquel príncipe. Lo inmenso de la dote debia suplir á la desigualdad de nombres, y la conformidad de los principios revolucionarios borrar la distancia de los rangos. Su fortuna y su proteccion en los departamentos de la Borgoña agrupaban en torno suyo diez ó doce miembros de la Convencion, que tenian la vista fija en su voto para seguirle. Estos doce votos, variando sólo con una seña de Saint-Fargeau, hacian una diferencia de veinticuatro en el proceso del rey. Por la indecision y la balanza de los sufragios, la responsabilidad de la vida ó de la muerte de Luis XVI podia caer sobre Lepelletier. Los realistas lo sabian, y habian

hecho misteriosas solicitudes á Saint-Fargeau, que habia ofrecido un voto de clemencia. Los jacobinos, instruidos de estas negociaciones, habian exigido que las desmintiese por un acto que comprometiese su cabeza, y habia prometido un voto inflexible. En la hora decisiva cumplió la palabra á los jacobinos, y votó la muerte. Los realistas habian detestado dos veces este voto: el regicidio era ademas una traicion á sus ojos.

II

Entre aquellos realistas habia un jóven llamado Páris, hijo de un empleado en la administracion de los bienes del conde de Artois. Páris habia entrado en la guardia constitucional de Luis XVI en el momento en que el celo habia reunido en este cuerpo á todos los defensores que quedaban al rey. Desde el principio de la guardia constitucional, se habia quedado en Paris, espiondo las ocasiones de sacrificarse por su causa. Audaz por su actitud, intrépido de corazon y de mano diestra, aparecia armado en todos los lugares públicos, animaba á los realistas, hacía frente á los jacobinos, reprendia al pueblo, amotinaba las mujeres, y conseguia escapar siempre al odio de los jacobinos por la fuerza de su sable ó por el secreto de su asilo. Este jóven era del número de aquellos que debian atacar la escolta del rey cuando le condujesen al suplicio, y de los que tramaban un levantamiento para forzar las puertas del Temple. Habia esperado hasta el último momento que la Convencion no llevaria á cabo el regicidio; cuando supo el voto de muerte y la negativa del plazo, su cólera y su dolor se exaltaron hasta la demencia. Sintió en sí aquella irresistible necesidad que algunas veces se apodera de las almas apasionadas, de protestar solo contra un pueblo. Abrazó á su querida, jóven perfumista en el Palacio Real, que le daba asilo, como para decirle un eterno adios, ocultó su sable bajo la capa, y salió sin saber lo que iba á hacer, pero decidido á que fuese algo memorable.

En esta disposicion, Páris anduvo errante largo rato debajo del peristilo y en los patios, esperando que la casualidad le ofreciese por víctima al duque de Orleans. Pero el azar le engañó; el príncipe no pareció, y Páris, acompañado de uno de sus amigos, entró en casa de un fondista del Palacio Real llamado Fevrier. Los salones subterráneos de este fondista parecian cuevas mal iluminadas por tragaluces. Una apariencia de pobreza, muy comun en aquellos tiempos en que la riqueza era bastante para sospechar la aristocracia, condujo allí aquel dia al opulento Lepelletier. Comia solo, en una mesita pequeña y en una sala oscura inmediata adonde estaba Páris, á quien su fiebre impedia comer, y hablaba en voz baja con su amigo del voto de la víspera, del suplicio del dia siguiente y de la cobardía del pueblo. La mal contenida rabia de su alma se mostraba en el tono de su voz y en su fisonomía. Al verle los que estaban inmediatos, tenian el presentimiento de la demencia ó del crimen. Su compañero le hablaba á media voz, ménos como un amigo que disuade que como un cómplice que anima. Dos ó tres veces, durante la comida, se levantó Páris con una precipitacion convulsiva, salió y volvió á entrar, como un hombre que espía á alguno. Cuando acabó de comer, cruzó sus brazos sobre el pecho, bajó la cabeza y aparentó reflexionar. Sus extraviados ojos recorrian maquinalmente las caras de los asistentes sentados en diferentes mesas. Nombró uno á Lepelletier, y Páris, que no le conocia personalmente ni sabia el voto del repre-

sentante de Sens, se acercó á él y le dijo apostrofando al diputado: «¿Sois vos quien se llama Saint-Fargeau?» «Yo soy—respondió.—¿Qué me quereis?» «Teneis cara de un hombre de bien. No habeis votado la muerte del rey, ¿no es verdad?» «Os equivocais,—replicó Saint-Fargeau con tono de dolor y de firmeza;—la he votado, porque mi conciencia me lo mandaba así.» «¡Has votado la muerte! Pues bien, toma. ¡Ahí tienes la recompensa!» Al decir estas palabras, Páris hace un



El rey marcha al cadalso.—Pág. 307.

movimiento para separar el embozo de su capa y para buscar el puño de su sable. Saint-Fargeau se levanta, coge un cuchillo y extiende las manos para cubrirse; pero Páris, más pronto que el pensamiento, desenvaina su sable, le sepulta en el corazon de Lepelletier, y se evade por un pasadizo. Saint-Fargeau fué conducido moribundo á una cama; preguntó quién era el que le acababa de herir, y espiró algunos momentos despues.

Se dijo haber tenido en su agonía el gozo sublime y que habia pronunciado las palabras propias del martirio, y se divulgaron estas palabras solemnes por el pueblo, para añadir el culto de la víctima al horror contra el realista asesino. El sablazo de Páris hizo de Lepelletier un grande hombre, y un decreto abrió el

Panteon á su féretro. Se le dispusieron honras nacionales, ménos como un homenaje á su memoria que como una solemne venganza de la opinion que le habia herido.

III

Por la noche se reunieron grupos furiosos en el Palacio Real, á la puerta del fondista, alrededor de la camilla en que llevaban el inanimado cuerpo de Lepelletier. Muchos oradores populares contaban, solemnizándolas, las circunstancias de aquella muerte, y la presentaban como el primer acto de una inmensa conjuración que amenazaba la vida de todos los diputados fieles al pueblo. En el Palacio Real se veían relucir sables desnudos para vengar á Saint-Fargeau. Entre aquella multitud, que temblaba al oír el nombre del asesino y que pedía á grandes gritos su sangre, París se paseaba con su amigo en el jardín. Uno de los realistas testigos de la muerte le encontró y conoció, y habiéndole hecho un signo de terror y asombro, le dijo París por lo bajo: «Mi día áun no concluyó; yo encontraré al que busco, aquí ó en la Convencion, y le enviaré á reunirse con el otro». La policía, que buscaba por todas partes al asesino, excepto sobre la misma escena del crimen, le dejó toda aquella noche y todas las de la semana siguiente presentarse impunemente en el Palacio Real.

Ocho dias despues de su crimen salió de Paris con su querida y su hermano, niño de doce años, conservando el mismo traje que llevaba el dia del asesinato, y esperaba embarcarse en Dieppe para Inglaterra. Su querida y su hermano sólo le acompañaron hasta Gisors, desde donde marchó solo y á pié por caminos de travesía hácia la pequeña villa de Forges-les-Eaux. Entró en una taberna del arrabal, y pidió cena y cama, sentándose á la chimenea en la sala comun mientras se la preparaban. Habia allí algunos buhoneros, que hablaban entre sí de las cosas del dia, en cuya conversacion se mezcló París. «¿Qué piensan aquí—les preguntó con aparente indiferencia—de la sentencia y del suplicio del rey?» «Se piensa—le respondió un mercader—que hicieron bien en inmolarle, y que hubiera sido necesario inmolar á todos los tiranos con el mismo golpe.» La indignacion de París, mayor que su prudencia, se descubrió al oír aquella respuesta por un movimiento involuntario. «¡No habré de encontrar—murmuró bastante alto para poder ser oído—en todas partes sino asesinos de mi rey!» Y se retiró al cuarto que le habian preparado, donde cenó con tranquilidad. Los hombres, que le observaban á traves de los cristales, le vieron besar muchas veces su mano derecha, como para darle gracias de la justicia que habia llevado á efecto. Despues de cenar pidió pluma y tinta, y escribió sobre su diploma de guardia del rey algunas líneas, metió una pistola debajo de la almohada, y se acostó.

Entre tanto, los buhoneros y el posadero fueron por la mañana muy temprano á despertar al alcalde y á la gendarmería de Forges, y les dieron parte de las conjeturas que los gestos y las palabras de un viajero sospechoso les habian inspirado la víspera. Los municipales con sus fajas tricolores, y los gendarmes con el sable desenvainado, entraron en el cuarto de París, que dormia profundamente, y le despertaron. Miró á los gendarmes sin turbarse, y les dijo: «¿Sois vosotros? Os esperaba.» «Enseñad vuestro pasaporte.» «No le tengo.» «Seguidnos al ayunta-

miento». «Os sigo.» Al decir estas palabras, mete la mano debajo de la almohada, saca su pistola y se hace saltar el cráneo, ántes que los gendarmes hubiesen podido comprender ni prevenir su movimiento. Se halló sobre su corazon el diploma de guardia del rey, en el que habia escrito la víspera las siguientes palabras: «Este es mi diploma de honor. Que no se incomode á nadie; no tuve cómplices en la dichosa muerte del malvado Saint-Fargeau; si no le hubiese encontrado por casualidad, hubiera hecho una accion más bella purgando á Francia del parricida Orleans. ¡Todos los franceses son unos cobardes!»

Al saberse la noticia de aquel arresto y de aquel suicidio, la Convencion envió á Legendre y Tallien á Forges-les-Eaux, para asegurarse de la identidad del cuerpo. Legendre queria que se le trajese á Paris y se le arrastrase por las calles, á lo que se opuso Tallien, y habiendo consultado á la Convencion, ésta repugnó aquella venganza en un cadáver; pero fué arrojado como una bestia feroz en un hoyo, en lo más espeso de un bosque de las inmediaciones del pueblo.

La Convencion hizo los funerales á la víctima tres dias despues del asesinato. El genio trágico de Chenier habia diseñado el espectáculo, tomando por modelo los funerales heroicos de la antigüedad. En lo más elevado de un catafalco conducido sobre el pedestal vivo de cien federados, estaba extendido, medio desnudo, sobre un lecho de parada, el cadáver de Lepelletier. Uno de los brazos colgaba, como para implorar venganza; la ancha herida por donde se habia escapado su vida se abria teñida de sangre sobre su pecho; el sable del asesino estaba desenvainado encima del cuerpo de la víctima; los vestidos ensangrentados iban colocados como un estandarte en lo alto de una pica. El presidente de la Convencion subió las gradas del catafalco y colocó una corona de encina mezclada con estrellas de siemprevivas sobre la cabeza del cadáver, y el acompañamiento se puso en marcha despues de un redoble de los tambores cubiertos de gasa, y al són de una música lúgubre cuyos instrumentos á la sordina parecian más quejarse que henchir el aire. La familia de Lepelletier, vestida de luto, iba á pié detras del cuerpo del padre, del hermano y del esposo asesinado. En medio de los setecientos miembros de la Convencion se levantaba una bandera flotante sobre la que estaban inscritas en letras de oro las últimas palabras atribuidas á Saint-Fargeau: «Muero contento de verter mi sangre por la patria. Espero que servirá para consolidar la libertad y la igualdad, y para hacer reconocer á los enemigos del pueblo». Toda la poblacion iba detras; los hombres llevaban en la mano coronas de siemprevivas, y las mujeres ramas de cipres. Entonábanse himnos á la gloria del mártir de la libertad y al exterminio de los tiranos.

Al llegar al Panteon el cortejo, ya halló el templo de la revolucion invadido por la multitud. El cadáver, levantado por las oleadas del gentío que disputaba el espacio á la Convencion, estuvo á pique de caer sobre las escaleras del peristilo. Félix Lepelletier, hermano de la víctima, subió al estrado, arengó al pueblo en medio del tumulto, comparó á su hermano con el mayor de los Gracos, y juró imitarle. Al dia siguiente, Félix Lepelletier, llevando por la mano á la hija de su hermano, niña de ocho años, la presentó vestida de luto á la Convencion. La niña, adoptada por la nacion, fué proclamada por un decreto de entusiasmo hija adoptiva de la república.